

La alegría de la Pascua

La liturgia de la Iglesia en estos días de Pascua rebosa alegría por todas partes, y la razón única de esta alegría desbordante es que Cristo ha resucitado. Falta nos hace una buena dosis de esa alegría para los momentos que estamos viviendo, acosados por la muerte en múltiples frentes. Necesitamos la alegría que nos viene de la resurrección del Señor, como una alegría verdadera. La alegría verdadera, la que dura, no viene de fuera adentro, sino de dentro afuera. Es una alegría en el corazón.

Así lo han vivido los apóstoles, las mujeres que fueron al sepulcro, los múltiples testigos que lo vieron resucitado. Basta leer cada uno de los relatos, que nos transmiten los Evangelios, para conectar con esa alegría que ha llenado el corazón de tantísimas personas a lo largo de la historia. Hasta nosotros llega esa alegría, abramos el corazón para recibirla.

La fe cristiana tiene como centro la persona de Cristo. Y el fundamento de nuestra fe cristiana es precisamente este: que Cristo no está muerto, sino que ha vencido la muerte y vive otra vida, nueva y distinta, para siempre. Ya en los primeros tiempos se cuestionaban este anuncio, y san Pablo afirma rotundamente: “Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también nuestra fe... Pero no, Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto” (1Co 15,14).

Es el encuentro con Cristo el que cambia radicalmente nuestra vida. Conectar con quien ha vencido la muerte nos abre un horizonte insospechado, que llena nuestro corazón y nos hace respirar hondo. Porque el problema del hombre es que antes o después tiene que enfrentarse a la muerte, y todos sus proyectos se vienen abajo. Y no basta esa supervivencia colectiva en la que algunos se amparan. Ciertamente, soy miembro de una sociedad, pero me interesa sobre todo si yo en persona viviré. En estos días en que la muerte nos toca tan cerca, esta es la pregunta fundamental: quién me librará de la muerte. Nadie puede hacerlo, sólo Cristo puede darte alas de una vida que no se acaba, porque sólo él ha resucitado de entre los muertos. Y nos quiere comunicar esa vida que no acaba.

Jesucristo no sólo nos abre el horizonte del cielo, que es nuestra meta, sino que nos libra del miedo a la muerte, que nos tiene pillados, nos tiene esclavizados. Nos cuesta la vida entera aprender esta actitud. “Jesús participó de nuestra carne y sangre, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y liberar a cuantos, por miedo a la muerte, pasaban la vida entera como esclavos” (Hbr 2, 14-15). En las circunstancias actuales del coronavirus mueren muchas personas, pero además es toda la población la que vive con un miedo terrible en su corazón. Están pillados terriblemente por este miedo a la muerte.

A eso viene Jesús, y esa es la gran noticia que la Iglesia tiene hoy para el mundo, para todos los hombres. Cristo ha resucitado y nos abre de par en par las puertas del cielo. Y Cristo resucitado nos libra del miedo a la muerte. Cada uno debe aportar lo que tiene en este momento de crisis. El personal sanitario aporta su trabajo infatigable con grave riesgo para su vida. Otras muchas personas están dando su vida de manera admirable. Qué podemos aportar los cristianos. Nosotros podemos aportar nuestra fe vivida, el testimonio de Cristo resucitado, que nos libra de la muerte y del miedo a la muerte.

Había un paralítico en la puerta del Templo de Jerusalén, pidiendo limosna Y Pedro le dijo: “No tengo oro ni plata, pero en nombre de Jesucristo, levántate y anda” (Hech 3,6). Pues eso, además de todos los recursos humanos, económicos, científicos y técnicos tan necesarios en este momento, los cristianos te damos lo que tenemos y que nadie más te podrá dar: la fe en Cristo resucitado que llene tu corazón de paz y de alegría en medio de las pruebas. La certeza de la resurrección hace que la persona humana no sea un ser para la muerte, sino para la vida. Ahí está el secreto de la esperanza, para mí y para todos.

Queridos hermanos, rezo cada día por toda la diócesis. Quisiera que todos escucharan este anuncio, que les hará mucho bien y les llenará el corazón de alegría: ***Cristo ha resucitado, verdaderamente ha resucitado!***. Cristo ha vencido la muerte, y quiere liberarnos del miedo a la muerte. Es urgente, hoy, ahora que seamos testigos de esto para este mundo que sufre.

Recibid mi afecto y mi bendición:

+ Demetrio Fernández, obispo de Córdoba